

EL SURCO

ANTES TRIBUNA LIBERTARIA

PERIÓDICO QUINCENAL

AÑO I - NUM. 1



MONTEVIDEO, Junio 25 de 1900

DIRECCION:

Calle RIO NEGRO Núm. 274

MONTEVIDEO

SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA

EN LA BRECHA

Otra vez en la brecha.

Como ayer jóvenes, más jóvenes que ayer, tanto cuanto más hilos plateados principian á cubrir nuestra cabeza; fuertes y robustos, más fuertes y más robustos, cuanto más, también, los años van minando nuestro organismo, —al contrario precisamente de lo que sucede á esos otros jóvenes cuya vida recién abierta á todas las exquisiteces, á todos los entusiasmos nobles y viriles parecen caminar sin entusiasmos, sin ideas, bajo el peso de una decrepitud manifiestamente prematura, —volvamos al puesto de lucha, modesto, eso sí, pero sincero al que nos guía nuestras ideas robustecidas en el batallar incesante, continuo, sin descanso, contra un régimen al que estamos seguros que, por un fatalismo de la historia, hemos de contribuir á derrocar.

Y, esto, nos conduce una convicción profunda, arraigadísima, reafirmada cada año, cada día que pasa y que nos dice que la Anarquía ha de ser, aunque á ello opongan obstáculos y barreras el común enemigo á quien combatimos.

Amplios como somos en ideas, no podemos metodizar nuestra hoja en sentido determinado, estrecho y decisivo, de un programa propuesto. No tenemos, no hemos tenido, ni tendremos nunca programa. La justicia social, hoy y mañana y siempre, será en caso de ser esto un programa, nuestro programa.

Hacer anarquistas y anarquizar todo serán nuestros propósitos. Arrancar privilegios á la burguesía y marchar de frente sin perder un palmo del terreno que se conquiste, son nuestros deseos. Levantar el espíritu de rebeldía que existe en todo individuo y procurar que el trabajador se emancipe de todo prejuicio y falso preconcepto patriótico religioso ó patronal, perdiendo todo respeto á las instituciones y las leyes, son nuestras ansias.

Y si propósitos, deseos y ansias forman un programa ó un método, ahí va nuestro programa y nuestro método. Con un saludo profuso, sincero y cariñoso á la prensa anarquista de todo

el mundo quedamos incorporados á la ya inmensa falange de los que luchan por un mejor avenir.

LA REDACCION.

Lo que debemos hacer

Hay necesidad de iniciar un nuevo período en la propaganda anarquista montevideana.

Hay que dar nueva y sólida orientación; marcar tendencias bien definidas; señalar derroteros claros, precisos, rectilíneos; encauzar la corriente de ideas y la corriente de asociación por un sendero abierto, ancho, amplísimo que nos dé la pauta exacta de lo que queremos y á lo que vamos; hay que trocar, por fin, la deficiencia, el indiferentismo, la tendencia á la super-hombría que, hasta ahora, fué, por desgracia, la característica de casi todos nosotros, en un raudal de energética y beneficiosa actividad.

Hay que reaccionar súbitamente, si no queremos que nuestras fuerzas se pierdan en una lucha estéril, fluctuosa, que consuma nuestras energías inútilmente.

Y tanto más se impone cuanto entre nosotros, el agrupación y asociación por un estado cataléptico, amoroso.

La escasa prensa socialista, en lugar de hacer consciente, emancipadora, trascópicas columnas, insidiosos, románticos, potíferos, que no tiene el valor de la originalidad, interés, y que no aporta al tiempo de la lucha una enseñanza doctrinaria del por qué, de qué, y para qué de la asociación.

Y lo que sucede con la escasa prensa socialista, ocurre, aunque en otro orden de ideas y salvo contadas excepciones, con la prensa anarquista.

Saturados, como pretendemos estar, de una literatura quinta-esenciada nos engolfamos en ridículas disquisiciones filosóficas ó pequeños *tiquis miquis lingüísticos*, procurando hacer más bien que una hoja de propaganda que hable al sentimiento, ó que involucre en los cerebros adormecidos, —por el opio de la sumisión,—del proletariado uruguayo, ideas de rebelión, un periódico que, dijérase, escrito para los contados componentes intelectivos de un sagrado cenáculo.

Propaganda en tal forma, es comprensible no haya podido arraigar en el cerebro del trabajador campesino, —que abrumado por una penosísima tarea que está retribuida por un escandalosísimo

desvergonzado salario que fluctúa entre los cuatro y diez pesos mensuales, que son mermados por las continuas y caprichosas multas que arbitrariamente se le aplican, no pueda asimilarse lecturas que no estén á la fácil é ingenua comprensión de su medio.

Por eso creemos, como hemos dicho en principio, que es necesario cambiar táctica, aunar todos los esfuerzos que, dispersos, se malogran por ahí; y, así, con un mediano acuerdo, llevar á la campaña uruguaya nuestro grito de rebeldía, nuestra voz emancipadora, haciéndole comprender al campesino que lo que con nosotros se efectúa es una explotación, lo que con ellos se hace es un robo; que la tierra pertenece al que la trabaja y que, entre el trabajador del campo y el trabajador de la ciudad, no debe haber mas intermediario, ni más arto que el trabajador mismo.

Pero para conseguir esto es necesario la propaganda sencilla, clara, concisa, terminante, que conmueva todas las fibras sentimentales del hombre.

Esto es lo que debemos hacer y lo haremos por poco que sea el esfuerzo que nos preste.

ALEJANDRINO NUBIO.

Junto al surco

De pie. Sobre la brecha abierta á través de la historia, la vista dirigida hacia campos infinitos de la Idealidad, el sembrador de ideas, ha rendido culto á sí el generoso instrumento de la vida.

Su actitud parece de descanso, pero en ella, sin embargo, la expresión profunda meditada, que habla de un espíritu investigador expuesto á las amplias concepciones de la vida.

Y piensa en la gigantesca lucha sostenida por la humanidad, siglo tras siglo, luchando por la conquista de una vida más humana, combatiendo tenazmente contra el dolor á la vez que al rudo golpe del progreso, surge un nuevo dolor: floración de la vida sobre el pedestal de la muerte.

Y su pensamiento, recorriendo la inabarcable serie de episodios de la historia, extrae la inevitable verdad: la sociedad humana, iniciada á impulsos de un principio solidario, se cimentó sobre la base movidiza de un error, y fué así que las construcciones posteriores, sostenidas por el error fueron también erróneas.

Comprendióse entonces, la necesidad de la demolidora piqueta, el uso de los instrumentos que profundicen la fosa, sobre la cual se construirán los nuevos fundamentos sociales.

con un respeto que rayaba en admiración, al santo sacrificio de la misa!

¡Qué bella era para mí la religión de mis padres! Entonces creía todo lo que se enseñaba. Creía piamente que Dios creó el mundo en seis días, así como todo lo que en la tierra existe; creía en los milagros de San Antonio y en la virginidad de María antes y después del parto, (como puedes suponer, yo ignoraba lo que fuese virginidad y lo que fuese parto); creía en los ángeles, en el diablo, en las almas del otro mundo, en el cielo, en el purgatorio, en el infierno y finalmente en todo lo que oía de mi querida Madre, de una vieja y santa tía que contaba cuentos y de dos buenas y caras viejecitas que eran mis abuelas.

De los vagos recuerdos de mi infancia, de esa edad alegre y risueña que no vuelve más, me acuerdo de estas cosas, de los compañeros de juegos, algunos de los cuales ya volvieron al seno de la Naturaleza (la grande madre), y de mis diabluras, que se hicieron célebres en la familia.

Ya ves, Mario, como yo era en mi infancia un creyente fervoroso; sin embargo, la victoria de la razón debía llegar.

En la opinión de los que me conocen desde niño, fui una inteligencia precoz.

Y al poderoso influjo de la reflexión, el viejo sembrador comprendió la razón de ser de la antigua lucha entablada entre la justicia y la tiranía, entre la verdad, principio inteligente, y lo falso, principio ignorante. Volvió, de pronto, la vista hacia un horizonte nuevo, luego desvióla hacia el campo infinito de la Idealidad y lo halló mustio, devastado por el cierzo de la imperfección, asolado por la angustia y el dolor social.

Entonces, una energía extraña se apoderó de su alma y su cerebro invadido por la idea de la transformación comunicó á los músculos la imperiosa necesidad de accionar. Levantó su instrumento de labor, orientó la afilada cuchilla sobre el triste campo de la Idealidad contemporánea, horadó su seno, la tierra se quejó, con esa queja original que llega á nuestro sentido como el frou-frou de un vestido de mujer, se hizo á un lado la fecunda tierra y apareció, como hendidura limitada por sensuales labios, un ancho surco, extremecido aún al golpe de la acerada cuchilla.

Y el viejo trabajador de los campos, atraído por el nuevo é inabarcable horizonte, siguió su marcha lenta y fatigosa, extendiendo sin cesar el comenzado surco. Detrás de él, la magestuosa figura de una bella mujer, sigue la dirección del surco, dejando caer sobre éste la redentora semilla de una nueva humanidad, simplificada en las fórmulas extensas y amplificada en el concepto moral.

Y mientras la tierra gime bajo la acción potente del cortante arado, y mientras el viejo sembrador se aleja del punto de partida, deteniéndose de trecho en trecho en reflexiva actitud, la genial naturaleza, por el momento, trozos del surco, la impecable canción del desarrollo, interpretada por las diversas voces de la eterna y fecunda evolución.

Sinceros cultores de una humanidad mejor, libre de trabas económicas y de prejuicios morales, sea el surco el más sencillo y el más interpretativo de los símbolos en la historia revolucionaria de las transformaciones sociales.

Y la realidad se sintetiza así: el viejo sembrador es la filosofía sociológica de los tiempos todos, orientando el instrumento de labor, la resplandeciente Idea; abriendo constantemente en la sociedad de ayer, en la sociedad de hoy, el surco de todas las justicias, ahondándolo más y más, para que, al remover de las entrañas sociales, se destruyan, disecándose, las malezas de todas las ignorancias.

Y mientras la filosofía social avanza firmemente preparando el surco, allá á los lejos, al comenzar del propio surco.

Una sed enorme de saber me devoraba, al mismo tiempo que una independencia altiva me llevaba á discutirlo todo, queriendo saber el porqué de todas las cosas.

Habia frecuentado seis colegios desde los seis á los ocho años, más todos ellos ciertamente de esos en que los maestros enseñan mal á leer inculcando en cambio á los alumnos buena dosis de fanatismo religioso. En uno, aun recuerdo todavía, la maestra era considerada por su fervor religioso; en otro me acuerdo que rezábamos por la mañana antes y después del aula, antes del almuerzo y la comida, y por la noche. Lo que la familia empezara, los maestros continuaron, y nótese que, felizmente, para mi integridad moral y física, nunca estuve en colegios de frailes. Esto no obstante, yo leía cuantos libros encontraba, y á las ocho años sabía leer y escribir correctamente, teniendo ya nociones de aritmética, geografía, francés é inglés; á los diez años ingresé en un colegio protestante y en él, perfeccioné mis estudios esbozados. Cuando por primera vez oí hablar mal de la religión católica, casi protesté.

Lo que aprendí en este colegio no fué bastante para emanciparme, pero perfeccionándome en el estudio del francés, pude

BR. JAMÍN MOTA

NI DIOS NI PATRIA

Mi querido Mario Miranda:

Acordado en nuestra antigua amistad, que es la más segura garantía de que podremos llevar lejos, bien lejos, esta discusión, salimos del campo elevado de las divagaciones filosóficas, voy á responder á tu artículo publicado en las columnas de *Cecilianos*.

Si tú no fueses el intelectual que eres, y que yo me agome en reconocer y apreciar, no suscribiría ciertamente esta discusión, pero discutir con quien tiene un cerebro capaz de raciocinar y sacar deducciones es siempre agradable, mayormente, cuando adversarios tan sólo en las luchas del pensamiento, somos amigos y la franqueza de una vieja amistad nos obliga á ser mis sinceros (si eso fuese posible á hombres que están firmes en sus creencias) en esta polémica escrita que entablamos sobre dos asuntos de la mayor trascendencia filosófica.

Dios y Patria, dices tú *Ni Dios ni Patria*, respondo yo.

se divisa la forma magestuosa de La Fraternidad, dejando deslizar desde su mano con la suavidad de todas las bondades, la semilla fecundadora de la Solidaridad, que el surco, ávido de natural labor, recibe en su augusta seno para operar la transformación que admirarán las futuras generaciones.

Y la historia verá el pasar de muchas existencias que como células muertas serán arrastradas por las viejas corrientes sociales; pero siempre constatará la presencia de aquellas otras, plenas de vibraciones, empeñadas en ahondar el surco y en sembrar la idealidad más generosa y más humana.

Yo también, célula modesta, vengo con mi instrumento de labor, á experimentar la fatiga y á sentir el placer que causa la lucha afanosa para abrir el surco.

Reunamos los esfuerzos, en la común idea y abundemos más y más el surco social.

PIGMEO.

Dos palabras

Voy á hablar algo del anarquismo y algo también de los anarquistas.

Es para mí un desconsuelo muy grande el que desde algún tiempo á esta parte no pueda escribir algún artículo sin que casi todo él sea una censura contra el proceder sumiso de mis compañeros. Y, realmente, son muchos los motivos que suelen impelerme á este enorme pesimismo que me abruma. Entiéndase que digo pesimismo sobre la actitud de los anarquistas, nunca de la belleza y realización del ideal.

Hay que confesarlo y decirlo mil veces. Réñan un ambiente de cobardía imposible, un miedo indigno de hombres que se llaman anarquistas, un apego sin fin hacia este evolucionismo tan espantosamente pacifista, que parece manifestarse como la única voluntad del que, antes de humano y de anarquista debiera ser y llamarse revolucionario.

He tenido ocasión de presenciarlo en numerosas partes. Compañeros encarcelados sin motivo alguno, periódicos denunciados á cada momento y arrebatados, la política desorientada sin los elementos dirigentes de la sociedad se complacen en poner en práctica, aprovechando admirablemente los resortes que sus mismos enemigos les proporcionan. Y todo esto sin que se levante una protesta formidable, una protesta revolucionaria y destructora que eliminara á tanto bicho dañino como pulula por el mundo.

Y nosotros, entretanto, contentos de vivir esta tan deliciosa vida. Es vergonzoso pensar que hoy la mayoría de los anarquistas son más amigos de la panza que de la idea. Se agarran desesperadamente al pacifismo, vertiendo las más bellas imágenes en loor de una paz que es mil veces más desastrosa que la más sangüinaria de las guerras. Hoy los grupos se forman con el único objeto, salvo rarísimas excepciones, de fabricar ídolos, de la misma manera que se fabrican cigarrillos. Hoy los periódicos se fundan—y tengo muchas pruebas—con miras estrictamente comerciales, haciendo

de la idea un sistema especialísimo de lucro. Hoy es todo una farsa, lo mismo en el campo proletario que en el capitalista. Se odia el capital, lamentase que haya asalariados, se maldice el dinero, pero esto no quita para que las sociedades de resistencia y los sindicatos busquen y paguen á unos cuantos obreros, poniendo secretarios ó cobradores como en cualquier empresa industrial. Hay también anarquistas que se dan el placer de ser entrevistados como un título político cualquiera, haciendo creer que poseen en sus manos los hilos que han de mover la gran revolución higienizadora.

Hoy, compañeros que me leéis, todo va al revés. Yo no se lo que vosotros pensaréis de esto que aquí he escrito, pero, cualquiera que sea el juicio que os merezca, tened presente siempre que no hoy en ello un átomo de despecho ó de rabia, cualidades que, desgraciadamente, parecen hacerse campo entre muchos anarquistas.

Una vez, contestando como debía á cierta persona que me combatía por mis ideas anarquistas, díjele las siguientes palabras:

«No crea, amigo; á mí me sucede una cosa bien extraña. Cuanto más mucho voy viendo, más me afirmo en mi idea anarquista, y cuanto más anarquista voy siendo, más y más voy apartándome de la mayoría de mis compañeros.»

Y no se crea por esto que soy individualista. El que sea el último; ya comprenderá que no lo soy, leyendo el artículo. Pero es que, á veces, hay que hacerse entender hasta por los ignorantes voluntarios, tanto más numerosos en vuestro campo cuanto más se intente decir verdades.

Y yo creo que estoy en lo cierto.

LUIS M. MOCOROA.

Montevideo, Junio de 1909.

La cuestión social á la luz de la ciencia

No podían perdurar eternamente los errores tradicionales que caracterizan las viejas edades de la historia en lo respecta á la vida del hombre en sus relaciones con la sociedad y la Naturaleza.

Las ciencias, por su parte, á través del gran Cosmos, constituido por el átomo diminuto, la célula informe é imperceptible sin vida aparente y los grandes cuerpos siderales perdidos en el espacio infinito, han probado de modo indubitable, la perfecta solidaridad existente entre las innumerables partes que constituyen el Universo, materia eterna en evolución perenne como manifestación de la vida transformable, pero irreductible.

Al contrario del hombre, la Naturaleza ha partido en el cumplimiento de sus sabios designios, de lo simple á lo complejo. De la nebulosa á la materia sólida, de ésta al infusorio y del infusorio al hombre, median períodos, cuya duración la inteligencia humana no podrá precisar jamás con exactitud matemática, pero en el cual nos es dable constatar el inmenso trabajo ejecutado siempre en el sentido del progreso, por las fuerzas naturales en ese colosal laboratorio del mundo orgánico.

No sabemos que haya nadie expuesto con mayor acopio de datos y con más severa lógica la íntima correlación, la armonía perfecta entre la vida del Universo y la del hombre como el sabio histólogo Enrique Lluria en su libro monumental *Evolución Super-orgánica*.

A donde Spencer, un espíritu noble abierto á las verdades inconcusas de la ciencia, no óso llegar en sus apreciaciones sociológicas, deducidas del estudio del hombre con relación á la Naturaleza, sea por no ponerse frente á frente á un sistema de civilización que lo condenaría por demasiado atrevido ó porque los prejuicios de un pasado histórico nebuloso le hayan infundido demasiado respeto á la propiedad individual, llegó el doctor Lluria con una sinceridad que lo honra.

Quien no quiera traicionar los principios rigurosamente científicos que se desprenden de un libre examen practicado en incursiones múltiples á través de la materia organizada, como lo hizo el autor que nos ocupa, tiene que convenir forzosamente con él en sus conclusiones luminosas sobre el porvenir social del hombre, muy á pesar de todos sus pésimos conceptos sobre el socialismo.

Las leyes naturales son simples y claras. Inversamente á sus dictados funciona la sociedad humana y tal error lo pagamos caro.

Si las leyes de la evolución se cumplen en el orden biológico, el hombre, molécula integrante de este orden, no puede sustraerse á tal ley sin provocar el consiguiente desequilibrio en la Mecánica Universal.

Volgar, pues, á la Naturaleza, de la que una aberración inconcebible se ha apartado el hombre, he ahí lo que repudiamos envidiosamente la vida humana por no estar en toda su plenitud y en su evolución iniciado en el hombre, desde que éste hizo parte entre el conjunto de los organizados, sólo necesita pres de orden social no lo que pueda realizar su infortunio.

Surge entonces la pavorosa idea de la que vuelven la cara los desdichados tantas gentes: ¿cómo mejorar si más que por los beneficios pecuniarios que éste le aporta.

Aparece aquí el hombre desviado de la Naturaleza, que equivale á estarlo de la vida, y la sociedad alejada del hombre en todo aquello que debía contribuir á hacerlo feliz.

Roto el vínculo sublime de la solidaridad humana y batiéndose en herrisóno y trágico combate el ser contra su semejante arrebatado en aras del bárbaro desenfreno que una torcida interpretación de la vida le ha hecho concebir.

Usufructuaria la humanidad de la Naturaleza, y ésta de aquélla, ambas se son reciprocamente necesarias.

Luego los que se apoderaron de la tierra para su uso y beneficio exclusivo, atentaron abiertamente contra la Naturaleza y de esta falta sufre la sociedad sus horribles consecuencias.

A la luz de la ciencia, pues, la existencia de una cuestión social queda demostrada del modo más absoluto.

La idea de Dios, en las historias bíblicas é insulsas historias que llenaban mi cerebro.

Solo entonces fué que me rebelé abiertamente contra las bestialidades que me habían enseñado y mandé á paseo las ortigas, las figuras de palo, las litografías y cromolitografías, los divinos, las misas, los curas y qué se yo que más.

Estudié, perdí noches enteras leyendo libros que mal podía comprender debido á la falta de preparación de ciencias físicas y naturales. Después estudié éstas, vi entonces las verdades positivas en la Física, en la Química, en la Geografía, en la Biología, en fin, y después de esa travesía en que mi espíritu se empeñara durante más de diez años, la razón salió victoriosa.

Con Lyell, aprendí como se formaron los mundos: con Lamarck, Darwin, Haeckel, Büchner, Büxley, Huxley y otros tantos, como evolucionaron las especies desde el protoplasma hasta el hombre.

Era cuanto me bastaba para no creer más en Dios, puesto que todas las teogonías me lo presentaban como creador. Indudablemente, un creador que no creó nada es un cómico irresistible.

Por los métodos experimentales de que ella se sirve, la ciencia demuestra cómo

Solo se explica que haya quienes la nieguen por ese fenómeno que la ciencia positiva califica como casos de patología mental, que no permite á una numerosa grey de retardados en la evolución animal, creer en otra cosa que no sea la sancionada por la rutina y el preconcepto arcaicos.

Ello no impedirá que, como justo castigo á tanta violación y escarnio contra los eternos é inmortales principios del derecho natural y humano, esta grave cuestión se solucione por una inevitable revolución social, que por tal causa tendrá que ser tan intensa como esos movimientos seísmicos que convulsionan periódicamente las entrañas profundas de la tierra, tan fragorosa como el crepitar de los volcanes y tan potente como el estampido del trueno, pues que Naturaleza querrá realizar ese día el supremo y último esfuerzo por el restablecimiento de su equilibrio y por la reconciliación perdurable con la humanidad, su hija atribulada.

JOSÉ M. ACHA.

Mendoza (R. A.), Junio de 1909.

De la vida rural Argentina

EL LINLLERA

Brilla el sol. Los campos incultos se asemejan á una verde alfombra, los rastrojos están tapizados de trigales, de linos en flor y de maizales recién naciendo.

En los jardines y quintas se aspira el perfume embriagador y delirioso que exhalan los rosales, los jazmines, los duraznales floridos, y los pajarillos aleutando, en mil cadenciosos y rítmicos trinos entonan algo así como un himno de alegría.

Las haciendas libres, retozando en la llanuras, con validos, estrepitosos rechinchos y alaridos también manifiestan la alegre y bestial satisfacción de vivir.

En la naturaleza y en la vida todo rié e cantando; la primavera es primavera ¡es un placer vivir!... el hombre, marcha en silencio, en el cabizbajo, caminando por la vida, con los miembros extenuados, cargados con el peso del mundo sobre sus espaldas, con el corazón inundado de amargura y el frío en el alma...

Este hombre es el desconceptuado «Linllera» que meses antes rasgó con el arado la tierra, y derramó con sus manos las semillas que germinaron con la cuidada lozanía. Ese hombre, es el eterno viandante que la ciudad vomitó de su seno, que la chacra aún no necesita de sus brazos, que el comisario policial del pueblo vecino expulsó de la localidad por *vago* después de haberle hecho trabajar varios días limpiendo sus caballos de carrera, cuidando sus gallos de riñón, haciendo zanjas de desagüe en las calles, carpiendo en las plazas, y propiándole algunos rebencazos por único pago y única recompensa á su labor!..

II

Bajo la presión de los más angustiosos pensamientos, el «Linllera» contempla la naturaleza que lo circunda cari-

se formó la idea de Dios. La filosofía, apañándose en la ciencia evolucionista, despreció para siempre el irresponsable suptismo, mostrando como Dios no es sino una creación grosera del hombre que le hizo á su imagen y semejanza hasta con sus vicios y sus defectos y sus pasiones más bajas, como la de la venganza.

Así, mi caro Miranda, me emancipé completamente del preconcepto religioso, yo que en lo más ardiente de la lucha trabajé consigo mismo, entre la razón y la fe, estuvo casi expuesto á zozobrar un momento (como parece haber zozobrado tu espíritu) dome al Deísmo como último refugio en la fe.

De la religión que me enseñaron solo quedo lo que era humanamente grande, solo quedó Cristo porque, mito ó realidad histórica, Cristo vive, Cristo es hombre, no precisamente el pálido Cristo del concilio de Nicea, mixto de ignorancia y de cobardía, sino el filósofo revolucionario de Galileo; no ese Cristo que los curas exponen en las iglesias para extraer con la explotación de su cuerpo algunos centavos de los incautos, sino el vehemente tribuno que en Jerusalem expulsaba á latigazos á los vendedores del templo, no el Cristo que

leer fácilmente las obras que mi padre tenía en su biblioteca. Algunos libros revolucionaron mi espíritu. Los «Opúsculos» de Alexandre Herculano, «Les Jesuites» de Edgard Quines y el «Padre Belchior de Pontes» de Julio Ribeiro, mostráronme toda la hediondez del jesuitismo. Mi inteligencia despertó.

Finalmente, después de haber recorrido algunos colegios más, de igual valía, pues siendo en la actualidad una vergüenza la enseñanza secundaria, puede calcularse fácilmente lo que ella seria ha diez y ocho años, matriculéme en el curso anexo á la Facultad de Derecho, donde las lecciones de filosofía de mi inolvidable maestro doctor Troncoso, debían producir un efecto saludable en mi espíritu.

Desde los quince años, más ó menos, procuré estudiar la religión de mis padres comparándola con las otras. Habiendo leído, habiendo estudiado alguna cosa y guiado tan solamente por la razón llegué, como sabes, Mario, á la negación de la idea religiosa.

Como tú (por lo que revelas en tu artículo de *Cecilia*) en los primeros tiempos de la lucha íntima que se trabó en mí, entre la razón que proponía libertarme

de los preconceptos y la fé en que me habían educado mis padres y mis maestros, yo detestaba los falsos ministros de una religión que juzgaba pura y de un Dios en cuya existencia acreditaba aún.

Los «Opúsculos» y «Les Jesuites» eran libros de dos creyentes en Dios que no creían en sus ministros; el libro de Julio Ribeiro, era de aquellos tres primeros que había leído, el único que debía conducir-me al libre pensamiento.

La lucha íntima que se desencadenó en mí debía recibir dentro de poco un alimento poderoso, un camino que condujese á la verdad.

El Dr. Troncoso, en sus lecciones, aunque obligado á enseñar la filosofía espiritualista, porque siendo oficial la religión católica se le obligaba á ello; indicaba á sus alumnos la lectura de ciertos libros. Yo, como la casi totalidad de los jóvenes que frecuentaban el curso anexo, no tenía nociones de las ciencias físicas y naturales; sin embargo, las obras de Bain, Büchner, Zaborowski, Ferrière, Huxley y otras, y sobre todo *L'Homme Selon la Science*, del sabio maestro de Heilderberg, y cuya traducción portuguesa recomiendo á todos, me hicieron comprender la tontería de la crea-

rosa, presentando ante su vista panoramas sorprendentes, de indescritible belleza y armonías sin fin: pero sus ojos no perciben el azul del espacio, ni la hermosura de las flores, ni el maravilloso verde de las capirras, ni a sus oídos llegan las suaves melodías de los pajarillos que cantan. El «Linllera» va labrando un camino, sólo un sentimiento de dolor, rítmico, muéve por intervalos la respiración y le habla en el alma, acusándole de ser un ser desdichado, diciéndole que sólo él, el HOMBRE, es el único malaventurado de la vida, el único ser que en medio de aquel sublime concierto de exuberante vida alegre, fecunda y triunfante va derrotado, infeliz, con la amargura en el corazón y el frío de los sepulcros en el alma... Pero prosigue andando sobre el camino que le conduce a la fatalidad.

III

El Pensamiento, único leal compañero del hombre—como dijera acertadamente Máximo Gorki el sublime cantor de la Angustia—es también el único consecuente compañero que al decapitado viandante le conforta en su vida, haciéndole vislumbrar la imagen de la luz de una esperanza y trayéndole a su cerebro ideas consoladoras mezcladas con reminiscencias de recuerdos gratos de la vida pasada, cuando en su alma juvenil también irradiaba la luz de la aurora.

El «Linllera» se reanima, algo así como una fuerza pujante y misteriosa se le incorpora, sus pasos son más firmes y acelerados; recuerda que frente al kilómetro... está el puente próximo a la estación «Pavón Arriba», y se dispone llegar a ese sitio.

IV

Sediento y sudoroso el «Linllera» llega al puente, bajo el cual serpenteaba un arroyuelo de agua barrosa y entiviada por los rayos de un sol casi abrasador.

Bebe... bebe mucha agua con indecible ansia. luego saca de su linllera un paño que tiende en el suelo, coloca por almohada un trozo de piedra que cubre con su blusa, y se tiende de espaldas a descansar con los ojos fijos en el espacio azul.

Había bebido mucha, demasiado agua. Un sudor helado le bañó todo el cuerpo debilitado por la fatiga producida en el largo trayecto recorrido unido a la falta de regular alimentación. Quedó como en un éxtasis. Luego sintió que le invadía el sueño, pero el Pensamiento no le dejó dormir.

Todas sus células cerebrales despertaron bruscamente y la Memoria dibujó ante su vista un confuso tropel de imágenes sombrías y risueñas como bailando una danza furiosa y macabra que duró todo lo suficiente para hacerle perder completamente el sentido.

Ya el Pensamiento le había abandonado y se quedó profundamente dormido.

V

Más tarde pasaron por el puente otros dos «Linlleras» y vieron a nuestro hombre que miraron con la indolencia habitual que caracteriza a esas gentes, pero no sin observar y llamarles la atención la extrema palidez del semblante del dormido que no se animaron a tocar temerosos de complicarse en algo que por ellos mismos se explicaban.

Cuando llegaron, el comisario y sus ayudantes avisó a las autoridades locales del movimiento en el puente. Fueron detenidos y como nunca en análogos casos, el comisario en persona, acompañado de un cabo y un vigilante se puso en marcha hacia el puente indicado.

Cuando llegaron al pueblo inmediato los militares reconocieron enseguida al dormido que aquel que había sido huésped de su comisaría, el vago, que usual se le hacía trabajar casi sin darle remuneración, al mismo que dos días antes despareció con la terminante promesa de volver más al pueblo, al mismo que amenazaban para correr.

No sabemos que reflexiones haría el primer representante de la digna autoridad. Lo cierto es que el «Linllera» estaba muerto, con los ojos desmesuradamente abiertos y lo miraba el Sol!

ANTONIO CACHÓN ACOSTA.

Patriotismo ó exterminio

El militarismo, como efecto del sentimiento patriótico, no debe combatirse, por cierto, citando casos aislados, como si se quisiera moralizar a esa salvaje institución; el militarismo y el patriotismo tienen aun hondas raíces en el pueblo, son el sostén de esta sociedad inculta é inconcebible y por lo tanto, tienen que desaparecer como consecuencia lógica de la evolución del pensamiento hacia la verdad.

Para combatir con eficacia los prejuicios, es menester difundir una educación sana y despejada, para que cada uno pueda concebir con claridad, cuales son los males de que estamos atacados y en consecuencia luchar contra ellos en pro de la justicia...

Teniendo en cuenta la poca capacidad intelectual de los que acuden al denigrante cuartel y de los que piensan acudir y teniendo en cuenta también lo difícil que sería poder hacer comprender a los militares, el gran obstáculo que representa el patriotismo dentro del problema social, es necesario, á veces, citar algún caso importante, sólo para justificar la contrapropaganda que venimos haciéndole al patriotismo... Y esto no pienso hacerlo para que los militares protesten y exijan mejores tratamientos—lo cual sería hasta cierto punto perjudicial—inó para que oíen á esa institución y deserten de ella, haciéndole el vacío; para que empiecen á darse cuenta de que el ejército no desempeña en la vida y armonía de todos, ningún rol útil; por el contrario, perjudicial.

A los que su mentalidad pobre no les permite hacer deducciones profundas sobre los males presentes, suponiendo que lo que sucede ha existido, existe y existirá, es necesario incitarlos á odiar y después de odiar, á pensar...

La ignorancia de muchos hombres, á los cuales, los conservadores, les atribuyen grandes inteligencias, hace de que sus cerebros trabajen activamente por el exterminio de la raza humana en nombre del prejuicio patriótico; mientras otros hombres luchan constantemente por la conservación de la misma, en nombre de la libertad y la fraternidad.

Mientras la escuadra norte-americana estaba en viaje alrededor del mundo llegó cierto día la noticia de que un marinero había sido lesionado por la corriente eléctrica entre dos teléfonos sin hilos. Esta noticia fué ciertamente vulgar y sin importancia para la mayoría de aquel pueblo americano... pero, no faltó el armador-ingeniero Louis Nixon, quien le diera tal importancia, hasta hacerle pensar en la posibilidad de perfeccionar las máquinas de exterminio: los buques de guerra; en vez de la necesidad de evitar, en lo sucesivo, las desgracias que puede seguir causando alguna deficiencia en la telefonía sin hilos, ya sea de los buques ó de cualquier otra parte.

El tal Nixon ha sido alabado naturalmente por los diarios que, como él, miran á través de un telescopio con vidrio ahumado, el cual no les permite ver la claridad del porvenir que empieza á envolver las tinieblas de la sociedad presente.

Su notable descubrimiento consiste en la posibilidad de construir grandes buques de 40 á 50 mil toneladas, con la capacidad de transmitir grandes descargas eléctricas á cualquier buque de guerra que esté á la distancia de ocho á diez kilómetros, dejando con ella, sin vida, á todo ser viviente que dentro del casco, se mueva... Quiere decir que, según Nixon, cuando dos naciones se declaren en guerra, la que triunfa, es la que ha hecho quedar sin un ser viviente á la otra contraria; porque si al empezar la guerra, una descarga eléctrica es capaz de dejar sin tripulación á una nave, es también posible de que varias descargas hechas desde varios buques de guerra pueden devastar á toda una ciudad ó á varias.

Así que resulta, que según los que hablan del progreso de elementos de guerra y la apoyan, apoyan, ante todo, la mejor forma de exterminar la mayor cantidad de seres. ¡Excelente teoría la del patriotismo!

El patriotismo no es más que esto: la idea que, por medio del ejército, induce al crimen. En el cuartel, los supe-

riores imponen toda clase de vejámenes, sin poder, el subordinado, hacer el menor gesto de desconfianza, porque el código militar (ó sea, la ignorancia de los militares) está abierto siempre para ellos. En la guerra, los superiores, ordenan á los soldados mismos á que se exterminen mutuamente con sus hermanos de otros países, porque así ellos lo quieren, porque así lo exigen los intereses de la patria, de los que explotan la pasividad é incapacidad de los más...

Y saltando á la vista diariamente tantos hechos, es, hasta cierto punto, incomprensible que eso no haya bastado aún para que el odio hacia lo salvaje se hubiera manifestado ya con más intensidad.

Es inútil; estos hechos llaman la atención, sí, pero para el que no tiene una concepción formada de un futuro de justicia y amor, le es una cosa vulgar é irremediable. Por esto, se destaca la necesidad de difundir ideas de regeneración, educando racionalmente al pueblo, desviándolo de todos los estrechos dogmas y de todos los perniciosos prejuicios.

El patriotismo no es otra cosa que el crimen legalizado.

El que no quiere ser criminal, no puede ser ni patriota ni militar.

OTTO.

Del valor secundario de la sinceridad en la lucha por los ideales sociales

Si observamos atentamente los grupos ó partidos que en las sociedades luchan por obtener el triunfo de sus ideales, más ó menos elevados, más ó menos humanos, más ó menos justos y fecundos, veremos que en las filas de combate de esos grupos sociales, milita gente de gran sinceridad junto á otros que sólo buscan al cobijarse bajo esa bandera, el triunfo de algo puramente personal, de algo que pueda satisfacer las necesidades apremiantes del estómago, siéndoles indiferente, por tanto, el luchar por este ó aquel ideal bajo la bandera de tal ó cual principio.

Comparando aquellos, (los sinceros), con éstos, con los que trafican con los ideales, con estos que, como soldados mercenarios, venden sus capacidades, poniéndose al servicio de los ideales que más les prometen, sin preocuparse de lo justo y humano de la idea que defienden y sin sentir más emociones por el triunfo que las que pueda sentir un comerciante después de haber hecho un buen negocio; comparando aquellos con éstos, decida, se siente uno llevado á admirar á los primeros, á los que luchan desinteresadamente por el ideal soñado, á los que no se preguntan cuanto van ganando en la jornada y si sólo miran el lado grande, la parte justa y humana de las ideas que persiguen.

Si nos dieran á elegir de estas dos clases de gentes, nos decidiríamos por los sinceros, porque son más nobles, más grande, valen más, y, moralmente tenemos razón; pero si nos preguntamos: ¿qué vale más en la lucha por los ideales, el que se luce por ellos ó la sinceridad con que éstos se abracen. La cuestión cambia de aspecto: esto es lo que vamos á tratar.

Spongamos que un general lleva soldados para combatir al enemigo; que un comerciante tiene artículos para vender á quien quiera comprárselos, que un industrial paga á sus obreros para que trabajen los artículos que fabrica; ¿se preguntará el general si sus soldados sienten las ideas que van á defender? ¿Se preguntará el comerciante si los compradores de sus mercancías las adquieren por favorecerlo ó porque las necesitan? ¿Se preguntará el industrial si sus obreros sienten placer al construir los artefactos de su industria?

Yo creo que no. A ellos lo que les interesa, es que haya soldados que combatan al enemigo, compradores á quienes vender las mercancías y obreros que trabajen para poder así producir mucho.

Transportando estos razonamientos á otro orden de ideas, al orden científico, por ejemplo, ¿se le importa á la ciencia, á la humanidad que tal ó cual sabio haya descubierto un pedazo de verdad luchando por la verdad ó por su propia gloria? Lo que le importa á la ciencia, lo que

le importa á la humanidad, al mundo entero, es que ha descubierto algo de la verdad, los móviles que le guiaron, es cuestión secundaria.

Y si de la ciencia pasamos á las luchas sociales, ¿importa á los ideales que los que las defiendan sean sinceros ó no. Luchen desinteresadamente ó con un fin de utilidad personal.

Así como el general, el comerciante, el industrial y la ciencia, lo que quieren es soldados, compradores, obreros y sabios, sin preocuparse del motor que los impulsa, así los ideales sociales lo que quieren es adherentes que luchen por su triunfo, partidarios que defiendan su bandera: si son sinceros mejor, si no lo son poco importa. Lo esencial es tener partidarios, tener adeptos; eso es lo principal: si los adeptos son sinceros mejor: eso es cuestión secundaria.

ESTEBAN BATISTA.

Montevideo, Junio de 1909.

Es talvez un error creer y afirmar que la sinceridad, en los ideales, tenga un rol secundario, sin importancia. Lejos de eso, nosotros creemos que los ideales, todos los ideales, políticos, religiosos, etc., han triunfado por la sinceridad de sus sostenedores. Que á la sombra de éstos hayan medrado toda clase de apóstatas y de tráfugas, eso no quita valor á la sinceridad que debe poseer todo el que sustente un ideal.

En el próximo número y con el título de *Sinceridad y Utilitarismo* contestaremos al ciudadano Batista, lo que pensamos al respecto.

Nota de E. García Balsa.

Las huelgas

El abandonar el trabajo fué el primer acto de protesta del explotado, quien, cruzándose de brazos, quiso hacer comprender á su patrono que era preciso contar con su voluntad. Así esperaba el desgraciado obtener algunas mejoras.

Pero esta huelga utilitaria es una arma de doble filo que hiere más al trabajador que al burgués. El obrero no cuenta con recursos para aguardar el término de una huelga, y si ésta perjudica los intereses del patrono, el obrero muere simplemente por inanición, con su familia. Además, el inagotable ejército de los sin trabajo abastece siempre nuevas máquinas á los explotadores, perjudicando á los huelguistas.

Por esto se puede apreciar que dicha huelga utilitaria existe principalmente en los grandes centros industriales, donde el desarrollo de la maquinaria hace aumentar el número de los parados forzados.

Después, la constitución de asociaciones obreras, federándose y constituyendo así un ejército organizado, aunque no capitaneado por generales con penacho y espada, permitió llegar á la concepción de huelgas más extendidas y más compactas: las huelgas de solidaridad.

Ahora hemos llegado á esta segunda fase del movimiento obrero. Los paros cuentan muchos millares de huelguistas y se suceden de una en otra región. Pero esto no puede ser la fórmula última y definitiva. Pasarse por las calles con el vientre vacío y las manos en los bolsillos, mientras la burguesía, con su oro, consume las provisiones acumuladas en los almacenes, en espera de que el hambre haga volver á su esclavos á los presidios patronales, no es una táctica de emancipación. Y como el movimiento obrero no puede volver atrás ni detenerse, se marcha lógicamente, ineludiblemente, á la tercera fase, que será la huelga general revolucionaria.

Revolucionaria, es decir, que no se debe esperar á que caiga de lo alto la revolución, sino que es preciso hacerla.

La cesación de trabajo echará á la calle millares de proletarios. Vendrá entonces un momento en que, arrastrados por los más conscientes, en lugar de adormecerse con promesas ilusorias y teóricas, los obreros acudirán á la fuerza, que es la única manera de hacer algo en todos sentidos.

Tal momento vendrá, no sé cuando, no sé donde, pero vendrá seguramente. Los hechos mismos lo producirán. Y éste será la fase última y suprema del movi-

imiento económico contemporáneo: el fin de la evolución será la revolución emancipadora.

C. Malato.

Muy bien, el momento álgido, ese momento que según C. Malato será el que determinará a que la clase trabajadora haga la revolución «produciendo-se la fase última y suprema del movimiento económico contemporáneo», ha llegado ya. En todos los países, sin excluir nuevos viejos, el estado económico de los trabajadores no puede ser más desesperante; empezando desde Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y el Japón—sin contar a Italia y España que ya la crisis es crónica— en cada uno de estos países se cuentan a millones los obreros que andan en busca de quien alivie sus brazos. ¿Y si en los países más ricos por su capacidad industrial y comercial, es en donde el mal estar económico se está notando con una intensidad desastrosa para la clase trabajadora, qué no será de los otros países de segundo, tercero ó cuarto orden—comercial é industrialmente hablando—que viven casi del reflejo de los países arriba mencionados? Y una prueba de esta afirmación es, que ya en las repúblicas sudamericanas se ha hecho sentir la influencia de la crisis europea, la cual influyente, unida á causas puramente locales, empiezan á hacer imposible la vida de la clase laboriosa, ya por la escasez de trabajo, como por el aumento de valor de los artículos de primera necesidad.

Lo grave del caso es que este mal estar económico, que podríamos llamarlo universal no tiende á normalizarse como los anteriores, más bien—como la mayoría de los economistas lo afirman— cada vez tomará mayores proporciones hasta que los trabajadores—como dice muy bien Malato—estaremos obligados por la extrema miseria á hacer la revolución impulsada por la minoría consciente, apropiándonos de todo lo que nos pertenece para que todos tengamos derecho á disfrutar de lo que la naturaleza y nuestros esfuerzos nos han dado.

Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los trabajadores y con ellos, parte de las mismas minorías estudiantas, no creen que el momento supremo ha llegado; suponen que, como las crisis anteriores, ésta debe normalizarse, volviendo nuevamente á hacerse la vida llevadera para los trabajadores. Sin embargo, si siquiera se analizara un poco, se llegaría pronto á la constatación de que, esas válvulas de escape que antes han contribuido á normalizar las crisis, ya han desaparecido, siendo varias las causas que lo han determinado. Primero: antes las crisis no tomaban la magnitud que han tomado hoy, sino que quedaba reducido á un círculo más pequeño. Segundo: por ser antes pocos los países desarrollados en las industrias y por consiguiente había más países «mercados» en donde colocar los productos elaborados. Hoy en cambio, los países industriales ó exportadores han aumentado considerablemente y han disminuido los países «mercados» ó importadores. A más, antes, por el hecho que había países nuevos en donde el desarrollo de la industria iba en aumento día á día, facilitaba á los países en que había crisis de trabajo, á que los desocupados emigraran á esos países, en que la demanda de brazos era constante. Hoy, sin embargo, ¿en qué país puede dirigirse el trabajador para encontrar fácil colocación, cuándo en todas partes, países nuevos y viejos, está atestado de desocupados? No hay más que preguntar á los trabajadores europeos que han venido últimamente á estos nuevos países sudamericanos con la creencia de poder amortiguar sus necesidades, y les contestarán: que aquí se está tan mal ó peor que en Europa.

Y por último, hoy se cuenta con un factor que antes no existía nada más que en germen: de una relativa conciencia en una minoría bastante grande de trabajadores, los cuales, hutes de perecer de hambre como los trabajadores inconscientes de otras épocas y después de recorrer un país tras otro sin encontrar en donde satisfacer sus necesidades,

estarán obligados á hacer la revolución porque su misma conciencia se lo determinará. Lo que hace falta es que nos preocupemos más seriamente sobre este asunto y no dejar que los acontecimientos se desarrollen en forma de no dejarnos tiempo para desenvolvernos y que, muy bien podría ser causa de perecer estúpidamente sin defensa, cuando, con un poco de preocupación y estudio, podríamos aprovechar este cataclismo para reorganizar una nueva forma de vida sin propiedad privada y sin gobierno.

Las minorías conscientes y estudiantas tienen la palabra.

INCÓGNITO.

Consideraciones

Hsta hoy la propaganda, neomaltusiana, ha sido dedicada á una finalidad demostrando por elocuentes estadísticas la necesidad de la divulgación de esta teoría para el perfeccionamiento y regeneración de la especie.

Se propaga en la mayoría de sus folletos, que la mujer no tiene necesidad de provocar mucho, porque estos hijos nacidos en un ambiente malo, contribuirán á la fomentación de el servilismo, siendo los eternos enemigos de toda emancipación social.

Se nos habla de la regeneración de la raza humana por medios de la procreación consciente, agregando que á menor cantidad de hijos, mayor será la atención para la educación de los mismos.

Conforme; pero aquí surge una reflexión, que esta teoría las practicara un padre enfermo, por ejemplo alcoholista, y un día en un estado de embriaguez, desesperante, se preparara á engendrar—su hijo único,—para darle una educación esmerada, ¿no sería por esto esa criatura enferma, y en su sangre no estaría transmitida la enfermedad del padre? ¿Qué utilidad reportaría á la humanidad un hijo de esa especie con tan esmerada educación pero que fuera un idiota por la ignorancia de su padre?

¿Se regenera la especie humana de esta forma?

Lo mismo se podría agregar á múltiples enfermedades hereditarias que son transmitidas á los hijos, y estos aunque los padres procreen poco.

En esta época de degeneración y de vicio, la teoría neomaltusiana casi nada podrá hacer, porque el mal está en la sangre y por más que practiquen la procreación consciente, las enfermedades y las lacras de los padres, serán transmitidas á los hijos.

Podríamos citar infinidad de ejemplos demostrando la ineficacia de esta propaganda, hecha á personas poco versadas y degeneradas por el medio ambiente, que sin conocer ni comprender el alcance de esta teoría, la practican usando procedimientos anti-higiénicos que arruinan á infinidad de mujeres.

Creemos que la única forma de vigorizar la raza humana, es combatiendo los vicios que ligan á los individuos, y para combatir todos estos vicios, nada mejor que hacer una crítica concienzuda á la sociedad actual, capacitando á los individuos á que comprendan su misión como hombres en la vida y la sociedad; y esto solamente se conseguirá haciendo propaganda de conciencia, de capacitación, en una palabra divulgando nuestro ideal que es de vida, libertad y amor.

Solamente así creemos que la especie humana se regenerará tomando un papel primario la educación y el desarrollo intelectual de la mujer.

Estamos de acuerdo en parte con la citada propaganda, siempre que sea tomada como un medio, como una necesidad del medio ambiente, pero no como finalidad para la regeneración y emancipación humana.

Creemos una vez más que la mejor forma de hacer una crítica á la sociedad actual es por medio de las modernas ideas filosóficas que capacitan intelectuales y regeneran moralmente á los individuos, encaminando así á una nueva vida, más amplia, sin trabas ni convencionalismos que nos obligue á las mujeres á usar procedimientos en contra de sus deseos, por su estado económico, que hace dudar y mirar el porvenir como una nube cargada pronto á estallar

sobre sus cabezas, obligándoles á ahogar el fecundo y bello nombre de Madre!

Cuando la mujer sea capacitada en esta gran lucha de ideas y comprenda su misión como madre y ciudadana y no sea simplemente una incubadora á capricho del hombre, podremos estar contentos, porque, entonces se habrá dado el gran paso, hacia la emancipación y la felicidad humana.

JACINTO AMORES.

Montevideo, Junio 18 de 1909.

Subiendo la cuesta

Nuevos horizontes ábrese á la vida del inmenso ideal y nuevas auroras sacuden violentos todo el vigor, todas sus ansias sobre el gran árbol á cuya sombra tantos hombres descansan la fatiga impagable de una lucha sin igual.

Subiendo la gran cuesta, recorriendo el camino accidentado y abrupto se ven los íntegros paladines del nuevo verbo que van hacia el devenir que supieron vislumbrar desde el fango donde los hubiera colocado la tiránica sociedad; elevando sus miras hacia un algo más grande y hermoso, hacia un algo más natural y positivo. Después de surgir sobresaltados en medio de un ambiente prejuicioso y rutinario; después de arrojar lejos de sí la máscara abyecta é ignominiosa de las amistades hipócritas, después de fecundizar el cerebro semisalvaje y embrionario, tuvieron la digna satisfacción de ser defensores y portadores de un pensamiento, grande, de una más grande razón. Apartados de toda política y de todo gobierno, alejados de todo vano é improductivo rodeo, van llenos de vigor y vida, llenos de amor y entusiasmo, hacia esa meta sentida, ardorosa y purificante.

Todo principio que despoje un mal, es, á no dudarlo, una obra que se encamina, una obra que sigue, un surco nuevo y que empuja en su trayectoria, á la minoría consciente y sana.

¿Quién podrá detener esa fuerza majestuosa llena de vigorosa vida llamada anarquía? ¿Quién? ¡Nadie! ¡Ninguno!—basta ante el presidio, no es bastante la muerte, no.

Cuanto más sacrificio, más entusiasmo, más fuerzas, más convicción. Entonces, si contra ese ideal sublime no se oponen fuerzas suficientes para desarraigar la labor del pensamiento, sino simples gritos de furibundos patriotas y la brutal amenaza policial, convertida en obra criminal más de una vez, es un deber avanzar siempre. Si no se borra el amor hacia la especie y el sentimiento de humanidad, por un hecho sangriento y brutal, fuerza irresistible es entonces sobrepasar esas intrigas y penetrar con la frente alta tendiendo los brazos hacia la parte de humanidad sufriente y semi-dormida sobre las estancadas corrientes de la vida en que se revuelven ahogándose casi en las pútridas oladas.

La obra, para ser culminante, ha de llevar en pos una integridad intachable, una verdadera línea de ejemplos que borronen las páginas de falsa interpretación y que cobije al mismo tiempo al débil por ser débil, al pobre por ser pobre y al fuerte y rico de espíritu le abra sus brazos y le estreche en su seno, sin ídolos, sin idolatrías ninguna... como sea, desnudo como la gran obra... así... como un ejemplo de vida ó muerte. Si es anárquico el pensamiento, anárquica será la obra. La hipocresía es un monstruo y por eso debe alejarse el hombre de él, puesto que los hombres no son monstruos.

Si los unos á los otros no se entienden, es que falta aún algo por medio para que se hallen al alcance unos de otros. Eso quiere decir que en lugar de desaminarse el que sabe menos, debe tomar bríos y poder, para así todos reunidos podamos llegar subiendo la cuesta hasta la cumbre donde el saber alumbra, donde la ciencia y la verdad imperan.

Entonces bravos camaradas, y si es que aún es necesaria la lucha, disponed de quien anhela el bien universal.

AROMA ROJA.

Montevideo, Junio 23 de 1909.

La Educación

FACTOR DE LA EVOLUCIÓN

Hoy por hoy, uno de los más trascendentes problemas que se procura resolver es la educación, por ser éste, uno de los factores más importantes para la evolución física, moral é intelectual de los hombres, ó sea, de los miembros que componen las sociedades. Teniendo como base indiscutible que las sociedades son malas ó buenas, según la educación de sus miembros, vemos que todas las luchas hechas y por hacer—en cualquier forma que sea—tienen sus fracasos y triunfos, y ellos, son siempre el reflejo de la capacidad intelectual y moral de la mayoría de los luchadores.

Se pueden llevar á cabo muchos movimientos, sí, de la gran masa anónima, dirigidos por unos pocos é inteligentes, pero sus resultados son siempre negativos y saltan á la vista al poco tiempo.

Tanto los movimientos revolucionarios dirigidos por unos pocos, como la lucha parlamentaria, tienen más ó menos los mismos resultados; en el primer caso, es la mayoría que impide la realización de lo que la minoría pretende hacer en su favor; en el segundo caso es la mayoría que acata lo que sus representantes imponen, pero también, esa minoría á quien el pueblo confía la mantención del orden, no puede hacer lo que la mayoría no concibe, con peligro de que se revelen y exijan su amoldamiento.

Desde el momento en que el pueblo concurre en masa á las urnas para encomendarles, á uno, dos ó diez (cualquier cifra) que velen por el orden y mejoramientos de los ciudadanos, demuestra que es incapaz aún, que no es suficientemente educado para comprender y practicar la armonía dentro de la sociedad. Así que, toda ley, sea en bien ó en mal del pueblo, chocaría siempre con la ignorancia del mismo: si unas leyes habría necesidad de imponerlas por medio de la fuerza bruta; otras en cambio no se podrían cumplir... Y si en caso una ley se cumpliera sin obstáculos por ser buena, no es á ella á quien se debe, sino al grado de instrucción de la mayoría, que ha creído necesario y posible practicabilidad. La ley es siempre la muerte...

Lo propio pasa con los que sueñan en una revolución trágica y universal (¡lo imposible!) dirigida por una minoría consciente. (1)

El pueblo productor es hoy, en mayoría, ignorante y pasivo; ha sido en su infancia, cultivado entre errores y prejuicios, por medio de una mala educación; él es el que palpa y soporta todos los sufrimientos, pero como desconoce la posibilidad de una vida basada en la concepción de las leyes naturales, sin propiedad privada, ni autoridad, sigue tirando de la cuerda de la esclavitud, porque cree que ese es su destino. Casos suceden, en que una minoría de hombres, conocedores de lo que es la vida hoy y lo que podrá ser mañana, incitan al pueblo á la revuelta, aprovechando cualquier injusticia ó necesidad de exigir un mejoramiento para normalizar las miserias que produce, dentro de la sociedad capitalista, la evolución de la maquinaria... El pueblo se subleva á la voz de alarma de los que, entusiasmados y preparados, quieren llevarlos á una transformación social. El desengaño, de los que por medio del fuego y el acero

OCTAVIO TAMOINE.

(Continuará).

En el Centro Internacional

El sábado 3 de Julio próximo, este centro celebrará una gran velada y conferencia Pro Defensa Castellí.

Se pondrá en escena el drama en 3 actos de J. Dicenta, titulado *El Señor Feudal* y el boceto en un acto *Rojo y Negro*.

La conferencia estará á cargo de Juan B. Medina.

Dado el objeto á que se destina el producto de esta velada, es de esperar que sus iniciadores obtengan el éxito que se han propuesto.

(1) El compañero Incógnito tiene la palabra.—N. de A. B.